

CAPÍTULO XIV.

Señora, ¿tiene usted ante todo idea de lo que es una idea? ¿Qué es una idea?—«Hay algunas buenas ideas en esta prenda»—decía mi sastre, contemplando con grave aire de inteligente el *redingote* que me hiciera en mis días de elegancia en Berlín, y del que ahora había de hacer una respetable bata para casa. Mi lavandera se quejaba de que el pastor S. (1) había metido ideas en la cabeza de su hija, por lo que se había hecho imprudente y no quería atender más á razones. El cochero Pattensen masculla á cada instante:—«¡Esto es una idea! ¡Esto es una idea!»—Pero ayer se incomodó en toda regla al preguntarle yo qué se imaginaba él que era una idea. Y malhumorado murmuraba:—«¡Y bien, y bien, una idea es una idea! Ideas son todos los disparates que uno se forja.»—En semejante sentido se halla empleada la palabra como título de un libro del consejero áulico Heeren, de Goettinga.

El cochero Pattensen es hombre que en las vastas landas de Lüneburgo sabe encontrar el camino de noche y con niebla; el consejero áulico Heeren es hombre que

(1) En la versión francesa, Strauch.

también, con prudente instinto, vuelve á encontrar los antiguos caminos de las caravanas de Oriente, y que los recorre, hace años, con tanta seguridad y paciencia como un camello de la antigüedad; puede uno, pues, fiarse de tales gentes, puede uno seguir las tranquilo, y por eso he titulado este libro *Ideas*.

El título del libro tiene tan poca importancia como el título del autor, que no es elegido por él por vanidad de erudito, y no debe, por tanto, expresar vanidad ni mucho menos. Aseguro á usted, con dolor de mi corazón, que no soy vano, y esta advertencia es necesaria, según más adelante tendrá usted ocasión de ver. No soy vano. Y aunque un bosque de laureles creciera en mi cabeza, y un mar de incienso se derramase en mi joven corazón, no me envanecería. Mis amigos y prójimos en tiempo y espacio han tenido especial cuidado en evitarlo.

Usted sabe, señora, que las abuelas denigran un poco á los niños, cuando se elogia su belleza, para que la alabanza no maleduque al querido pequeñuelo. Sabe usted también que en Roma, cuando el triunfador, al llegar del campo de Marte, coronado de gloria y vestido de púrpura, ceñidas sus doradas sienes de blancas rosas (1), sobresalía como un dios entre aquella vistosa procesión de lictores, músicos, danzantes, sacerdotes, esclavos; elefantes, porta-trofeos, cónsules, senadores y soldados, el populacho entonaba á su espalda toda clase de

(1) En la versión francesa falta este inciso.

canciones burlescas (1), y sabe usted, por fin, que en la querida Alemania abundan las viejas comadres y el populacho.

Según lo dicho, señora, las ideas de que aquí se trata distan tanto de las de Platón, como Atenas de Goettinga, y tan pocas grandes esperanzas puede usted abrigar respecto al libro como respecto al autor. En verdad, el que éste las haya podido concebir es tan incomprendible para mí, como para mis amigos. La condesa Julia quiere explicar la cosa, y asegura que cuando al susodicho autor se le ocurre alguna vez decir algo ingenioso y nuevo, sólo lo es en apariencia, porque en cuanto al fondo, es tan necio como los demás. Mas esto es falso, yo no aparento nada, hablo con arreglo al desarrollo de mi pico, escribo con toda inocencia y sencillez lo que se me viene á las mientes, y no tengo la culpa de que ello tenga algo de sentido común.

Mas por ahora tengo más fortuna escribiendo que jugando á la lotería de Altona, ¡bien quisiera que fuese al revés! pues brotan de mi pluma muchas cédulas premiadas de sentimiento, muchas cuaternas de pensamiento, y esto lo hace Dios; pues ÉL, que rehusa á los piadosos cantores de Eloha y á los poetas edificantes todo bello pensamiento y toda gloria literaria, para que no lleguen á ser demasiado alabados por las criaturas terrestres y olviden por ello el cielo, donde ya los ánge-

(1) En la versión francesa, en vez de *canciones burlescas*, dice: *fescenias, sátiras insultantes*.

les les están preparando digno alojamiento; ÉL debe bendecirnos, tanto más á los demás escritores profanos, pecadores y heréticos, para quienes el cielo está cerrado á piedra y lodo, con soberanos pensamientos y mundana gloria, por gracia y misericordia divinas, con lo cual la pobre alma una vez que fué creada, no se vaya completamente de vacío, y al menos aquí abajo, sobre la tierra, encuentre una parte de esas delicias que allá arriba se le niegan.

Vid. Goethe y los autores de trataditos (1).

Ve usted, pues, señora, que puede leer mis escritos, que son un testimonio de la gracia y misericordia de Dios, ó que yo escribo confiando ciegamente en el Todopoderoso, por lo que soy, en este sentido, un verdadero escritor cristiano. Pues, hablando con franqueza, en el momento de comenzar el presente período, aun no sé cómo lo acabaré, ni aun propiamente lo que en él voy á decir, abandonándome en manos del buen Dios. Y ¿cómo pudiera yo escribir sin esta piadosa confianza? En mi cuarto está ahora el muchacho de la imprenta de Langhoff esperando original; la frase, apenas nacida, corre ardiente y húmeda á la prensa, y lo que pienso y siento en este instante puede estar impreso mañana al mediodía (2).

Fácilmente podrá usted tomar la palabra, señora,

(1) En la versión francesa: *Vid. Goethe y la Sociedad de los buenos libros.*

(2) En la versión francesa: *esta tarde.*

para recordarme el *nonum prematur in annum* de Horacio. Mas esta regla, como tantas otras de su especie, puede ser muy buena en teoría, pero en la práctica de nada sirve; pues al dar Horacio al autor la regla famosa de tener una obra nueve años en cartera, debiera darle al mismo tiempo la receta para poder vivir nueve años sin comer. Cuando Horacio la imaginó quizá estaba sentado á la mesa de Mecenas comiendo capones trufados, pudding de faisán en salsa de carne de venado, muslos de alondra con rabanillos de Teltow, lengua de pavo real, nidos de pájaros indios, y ¡Dios sabe! qué más, todo ello gratis. Pero nosotros, que desgraciadamente hemos nacido tarde, vivimos en otros tiempos; nuestros Mecenas son principes completamente distintos, que creen que los autores y los nisperos se hacen mucho mejores dejándoles algún tiempo sobre paja; creen que los perros no sirven para la caza de imágenes y pensamientos cuando se han puesto demasiado gordos. ¡Ah! y cuando por acaso alimentan á un pobre perro, siempre es ¡oh injusticia! al que menos digno es de los mendrugos; por ejemplo, al faldero, que lame la mano, ó al diminuto boloñés que sabe estrecharse al perfumado seno de la señora de la casa, ó al paciente perro de aguas, que ha aprendido la ciencia de ganar el pan, y sabe traer objetos, bailar y tocar el tambor.

En el momento en que esto escribía, mi doguillo se pone de manos á mi espalda y ladra..... — Calla, amigo, no he hablado de tí, pues tú me amas, acompaña á tu amo en apuros y peligros y morirás sobre su tumba,

con tanta fidelidad, como algún otro perro alemán que, arrojado á extranjera tierra, se echa en los umbrales de la patria y gimiendo perece de hambre.

Perdone usted, señora, que haya hecho una digresión para satisfacer dignamente á mi pobre perro, y vuelvo á la regla de Horacio y á la imposibilidad de practicarla en el siglo XIX, en que los poetas no pueden pasarse sin la protección monetaria de las musas (1).

A fe mía (2), señora, yo no podría sostenerme veinticuatro horas, cuanto más nueve años, pues mi estómago tiene poca idea (3) de la inmortalidad. Lo he consultado conmigo mismo; sólo quiero ser inmortal á medias, y estar ahito del todo; si Voltaire podía dar trescientos años de su eterna gloria por la buena digestión de una comida, yo ofrezco el doble por la comida sólo. ¡Ah! Y ¡qué bellas, qué brillantes comidas se dan en este mundo! El filósofo Panglos tiene razón: ¡éste es el mejor de los mundos! Pero en el mejor de los mundos se necesita tener dinero, dinero en el bolsillo y no manuscritos en cartera. El hostelero del *Rey de Inglaterra*, señor Marr (4), es también escritor y conoce también la regla de Horacio, pero no creo que me diera de comer durante nueve años, si yo quisiera poner en práctica la regla.

(1) La versión francesa dice simplemente: *en que los poetas deben comer*.

(2) En el original en francés: *Ma foi*.

(3) La versión francesa: *poco gusto por.....*

(4) Falta en la versión francesa este nombre.

Bien pensado, ¿por qué la he de aplicar yo? Tengo tantas cosas buenas que escribir, que no necesito andar con largos preparativos. Mientras mi corazón esté lleno de amor y la cabeza de mis prójimos llena de locuras, no me faltará materia para escribir. Y mi corazón amará siempre, mientras haya mujeres; pues si se enfría para una, se inflama para otra; como jamás muere el rey en Francia, tampoco muere jamás la reina en mi corazón, donde una voz grita: *La reina ha muerto, ¡viva la reina!* (1) Del mismo modo tampoco morirá jamás la locura de mis prójimos, porque no hay más que una sola cordura, y ésta tiene sus determinados límites; pero hay mil locuras inconmensurables. El sabio casuista y cura de almas Schupp llega hasta á decir: «En el mundo hay más locos que hombres.....»

Vid. Schuppü doctissima opera, p. 1121 (2).

Si se piensa en que el gran Schuppü ha vivido en Hamburgo, no se encontrará exagerado este dato estadístico. Yo estoy en el mismo punto y puedo decir que me encuentro perfectamente, cuando pienso que puedo sacar partido, en mis escritos, de todos los tontos que aquí veo; que son honorarios contantes, dinero contante.

(1) En el original: *La reine est morte, ¡vive la reine!*

(2) La versión francesa presenta toda la cita en latín, cuando en el original alemán sólo lo está el apellido del autor en genitivo, pero traduce *docta*, cuando *lehrreiche* (rica en doctrina) equivale á un superlativo. De estar el nombre del autor en latín, nos ha parecido más correcto poner también en latín el título de la obra.

Precisamente me encuentro ahora en plena recolección. El señor me ha bendecido: este año los tontos han producido una cosecha excepcional, y como hombre económico consumo poco, escojo lo mejor y lo guardo para lo porvenir.

Se me ve con frecuencia en el paseo, y se me ve alegre y de buen humor; como un rico comerciante que se frota las manos de gusto, paseándose entre las cajas, toneles y fardos de su almacén de géneros, así me paseo yo entre mis gentes. ¡Todos sois míos! ¡Todos me sois igualmente queridos, y os amo como vosotros mismos amáis vuestro dinero, que es mucho decir!

Hube de reirme de muy buena gana, al oír muy poco ha, que uno de mis individuos se había manifestado cuidadoso, porque no sabía de qué iba yo á vivir..... y, no obstante, es él mismo un necio tan *capital*, que solamente con él podría vivir, como de una fortuna (1). Pero hay necio que no sólo es para mi dinero contante, sino que he destinado á un objeto determinado el dinero contante que puedo sacar escribiendo de él.

Así, por ejemplo: con cierto obeso millonario bien relleno, me he de adquirir cierta silla bien rellena que los franceses llaman *silla agujereada* (2). Con su obesa millonaria me compraré un caballo. Cuando veo al grueso..... —un camello entrará antes en el reino de los cielos que

(1) En la versión francesa: *como de un capital consolidado.*

(2) *Chaise percée.*

este hombre pase por el ojo de una aguja;—cuando veo á este hombre en el paseo balancearse como un pato al andar, me pongo de un humor extraño; y aunque le soy completamente desconocido, le saludo involuntariamente, y él me saluda á su vez tan cordial, de tan insinuante manera, que al punto quisiera hacer uso de su bondad; pero me dejan perplejo los muchos hombres acicalados que al mismo tiempo pasan.

Su señora esposa no es una mujer despreciable; verdad es que no tiene más que un ojo, pero, por lo mismo, éste es mucho más verde; su nariz parece una torre, la que mira hacia Damasco; su seno es grande como el mar, y sobre él flotan toda clase de cintas como gallardetes de buques que navegan en aquel seno undoso. Con sólo verla se siente ya el mareo. Su nuca es también linda y almohadillada de grasa, como un.....—la imagen comparativa se halla un poco más abajo—y en el jardín de azules violetas que cubre dicha imagen comparativa, han tejido seguramente toda su vida miles y miles de gusanillos de seda.

Ya ve usted, señora, ¡qué caballo puedo procurarme! Cuando me encuentro en paseo á la señora, el corazón me late satisfecho, me parece que cabalgo, que restallo el látigo, castañeteo los dedos, chasqueo la lengua, hago con las piernas toda clase de movimientos de equitación..... ¡hop! ¡hop!.... ¡brrr! ¡brrr!.... Y la amable señora me mira con tanta alma, con tanta inteligencia, relincha con los ojos, resopla con las narices, coquetea con la grupa, hace corbatas, y toma de repente un trotecillo

corto. Y yo entonces me quedo con los brazos cruzados, mirándola lleno de complacencia, discurriendo en mis adentros si la llevaré con freno, ó con filete, si la pondré una silla inglesa ó polonesa, etc.

Las gentes que entonces se me quedan mirando, no comprenden qué es lo que tanto me encanta en dicha señora. Algunos chismosos querían ya robar la tranquilidad á su señor marido, y le hacían señas cómo si yo contemplase á su honrada mitad con los ojos de un enrodado. Pero mi honorable *silla agujereada* de blando cuero hubo de responder que me tenía por un inocente, hasta por un joven algo tímido que le miraba con cierta complacencia, como uno que siente la necesidad de acercarse y se ve contenido por cierta ruborosa timidez. Mi noble corcel, al contrario, pensaba que yo tenía un aire franco, ingenuo y caballeresco, y que mis solícitas atenciones significaban meramente que deseaba me invitasen alguna vez á ir á comer á su casa.

Ve usted, señora, cómo puedo utilizar á todos los hombres y cómo el indicador de señas es propiamente el inventario de mi casa. Por esto tampoco puedo nunca hacer quiebra, pues cambiaría mis mismos acreedores en fuente de productos. Además, como dejo dicho, vivo realmente con mucha economía, con una condenada economía. Por ejemplo, en el instante en que esto escribo, ocupo un cuarto, oscuro y triste, en la calle de las Tinieblas..... pero soy de buen acomodo, y si yo quisiera, podría seguramente establecerme en el más bello jardín, tan bien como mis amigos y primos; no tenía más que

realizar mis aguardentosos clientes (1). Estos, señora, consisten en peluqueros de poco pelo, casamenteros desconocidos, bodegoneros que nada tienen que comer, canalla pura, que sabe dar con mi casa, y mediante una propina en efectivo me cuenta la crónica escandalosa de su respectivo cuartel.

Señora, ¿usted se extraña de que no haya arrojado á la calle de una vez, para siempre, á tales gentes?—¡A qué pensarlo, señora! Estas gentes son mis flores. Yo les describiré un día en un bello libro, con cuyos honorarios me compraré un jardín, cuyas flores se me aparecen ya en sus rostros, rojos, amarillos, azules y pintarrajeados. ¿Qué me importa que la nariz de un extraño afirme que estas flores no huelen más que á cominos, tabaco, queso y vicio? Mi propia nariz, la chimenea de mi cabeza, por donde la fantasía sube y baja á modo de deshollinador, afirma lo contrario, y no encuentra en estas gentes más que aroma de rosa, de jazmín, de violeta, de clavel, de alelíes..... (2). ¡Oh, qué á gusto me encontraré un día por la mañana en mi jardín, oyendo el canto de las aves, calentando mis miembros al rayo del sol, respirando el fresco aliento de las hierbas y acordándome, al contemplar las flores, de mi canallesca clientela!

(1) En la versión francesa: *no tenía más que realizar mis parroquianos matinales.*

(2) El texto dice sólo *Violen* (violeta), sinónimo de *Veilchen*, que emplea dos palabras antes, pero en la versión francesa se lee *giroflée*, lo cual supone una elipsis, en que *Violen* está por *Violen gelben* (literal: de violeta amarilla), *alelí*, también *Veilchen gelben.*

Por lo pronto, sigo aún establecido en la obscura calle de las Tinieblas, en mi obscuro cuarto, y me complazco en colgar en medio de él al mayor obscurantista del país. —«Pero, ¿verá usted entonces más claro? (1).—Al punto, señora..... Mas no se equivoque usted, yo cuelgo, no al hombre mismo, sino solamente la lámpara de cristal que me he procurado con los honorarios de lo que acerca de él escribo. No obstante, creo que aun sería mejor, y que se había de difundir gran claridad por todo el país, si se colgara *in natura* á los obscurantistas (2). Pero se puede no colgar á las gentes, si se las ha de marcar á fuego. Vuelvo á hablar figuradamente, marco *in effigie*.

En verdad, el señor de Weiss (3)—blanco é inmaculado como una azucena—se ha hecho blanquear, y así que yo lo hube referido en Berlín, fué realmente marcado á fuego. El necio se hizo en virtud de ello reconocer por la autoridad y pidió certificado de que su espalda no tenía señal alguna de hierro, consideró este testimonio heráldico negativo como un diploma que le pudiera facilitar la entrada en los mejores círculos sociales, quedándose admirado, cuando, á pesar de él, le arrojaron, y ahora echa venablos contra mí, ¡pobre hombre! y desea mártirme de un pistoletazo, donde quiera que me encuentre.

¿Y qué cree usted, señora, que haga yo por mi parte?

(1) En el texto en francés: *¿Mais, y verrez-vous plus clair alors?*

(2) Aquí da la versión francesa un gran corte.

(3) Blanco.

Pues, con ese tonto, digo, con los honorarios que él escribir acerca de él me reporte, me compraré un buen tonel de vino del Rin de Rudesheim. Y digo esto, para que no crea usted que es malignidad la alegría con que le contemplo cuando encuentro al señor de Weiss en la calle. En verdad, señora, no hallo en él más que mi querido Rudesheim; así que le veo, me pongo de un humor excelente, delicioso, y empiezo involuntariamente á cantar:

«Al Rhin, al Rhin-do, crecen nuestras vides.....»
 «¡La imagen bella es sin igual!.....»
 «¡Oh blanca dama!.....» (1).

Mi Rudesheim parece entonces muy agrio, y era cosa de creer que estuviera compuesto de veneno y bilis..... pero aseguro á usted, señora, que es todo un buen vino; aunque no lleva impresa á fuego la marca de fábrica, no obstante, el conocedor sabe apreciarle; abriré con regocijo el tonelillo, y si fermenta con demasiada fuerza, y quiere estallar de un modo peligroso, entonces se le asegurará oficialmente con un aro de hierro.

Ve usted, pues, señora, que no debe tener cuidado por mí. Yo puedo mirarlo todo tranquilamente en el mundo. El Señor me ha bendecido con los bienes de la tierra, y aun cuando no ha provisto mi bodega de vino como yo quisiera, todavía me permite trabajar en su viña, y sólo necesito vendimiar la uva, llevarla al lagar, pren-

(1) Tal es el ritmo de la canción alemana: «*Am Rhein, am Rhein, da wachsen unsre Reben.*»—«*Dies Bildniß ist bezauhernd schön.*»—«*O weisse Dame.....*»

sarla, envasarla y ya tengo el claro don divino; y si tampoco se me vienen volando á la boca los tontos asados, sino que vienen á mi encuentro crudos é insípidos, en cambio sé darles cuantas vueltas necesiten en el asador, estofarlos, sazonarlos con pimienta, hasta que se ponen blandos y de buen comer.

Va usted á experimentar una alegría, señora, el día que yo dé un gran banquete. Va usted á alabar mi cocina. Tendrá que confesar que sé regalar á mis sátrapas tan pomposamente como un tiempo lo hiciera Ahasveros, que reinaba desde la India á la Mauritania, sobre ciento veintisiete provincias. Haré llevar á cabo completas hecatombes de necios.

Aquellos grandes aguardentófilos (1), en forma de toro, como un día Júpiter para galantear con éxito á Europa, nos proveerán de asado de vaca; un triste poeta trágico que describió en la escena un triste reino de Persia, y nos presentó un triste Alejandro, en cuya educación ningún Aristóteles había tomado parte, proveerá mi mesa de una soberbia cabeza de cerdo, con su habitual sonrisa agrídulce, con una rueda de limón en la boca, y cubierto de hojas de laurel por la artística cocinera (2); los cantores de los labios de coral, de los cuellos de cisne, de las vibrátiles colinas de nieve, de los ringorangos, de

(1) *Philoschnapps*.

(2) Se refiere al drama fugaz de Uechtritz, «*Alejandro y Darion*», sobre el que Heine había publicado por entonces una crítica mordaz en el *Corresponsal imparcial de Hamburgo*.—Nota de Strodtmann.

las pantorrillitas, de los nenúfares blancos, de los besitos y de los asesoritos, esto es, H. Clauren, ó como le llaman en la calle de Federico (1) las religiosas Bernardas: «¡Padre Clauren! ¡nuestro Clauren!» Este hombre veraz me proporcionará todos aquellos platos que él sabe describir tan perfectamente en su anual Burdel de bolsillo (2), con la imaginación de una joven cocinera golosa, y nos dará un especialísimo plato superior de apio, «tras el cual le salta á uno en el pecho el corazón enamorado». Una prudente y seca dama de la corte, cuya cabeza sólo es comestible, nos proporcionará un plato análogo, esto es, los espárragos; y no faltarán morcillas de Goettinga, cecinas de Hamburgo, pechugas de ganso de Pommernia, lengua de vaca, sesos de ternera guisados, hocico de vaca, merluza seca (3) y toda clase de helados, frutas de sartén berlinesas, tortas de Viena confituras, etc.

Señora, ¡á fe que he cargado en exceso idealmente el estómago! ¡Cargue el verdugo con tal glotonería! Yo no puedo resistir mucho; poseo malas facultades digestivas. La cabeza de cerdo obra sobre mí como sobre todo el público alemán, necesito comer después una ensalada Willibald=Alexis, que purifica.—¡Oh, infeliz cabeza de cerdo, con su aun más infeliz salsa, no gustas ni á la griega ni á la persa, sino que sabes como té con jabón verde!..... ¡Llamad á mi obeso millonario! (4).

(1) *Friedrichstrasse*.

(2) *Taschenbordellchen*, pariente de *La llave de oro*.

(3) *Stockfisch* (lit: *pejepalo*).

(4) ¡Pobre autor de «*Alejandro y Darion*!»

CAPÍTULO XV.

Señora, observo una ligera nube de mal humor en su hermosa frente, y parece usted preguntar, si no es una sinrazón que yo aderece de tal manera á los necios, los clave en el asador, los meche, despedace y hasta mate á muchos que han de quedar sin que los pruebe, sirviendo ahora los aguzados picos de los tordos burlones para llevar á cabo el destrozo, entre los llantos y alaridos de las viudas y los huérfanos....

Señora, ¡esta es la guerra! (1). Ahora voy á revelar á usted todo el enigma. Acaso yo mismo no sea de los sensatos, pero he abrazado su partido y hace cinco mil quinientos ochenta y ocho años que hacemos la guerra á los insensatos. Estos se creen perjudicados por nosotros, pues afirman que si existía en el mundo una determinada dosis de sensatez, toda esta dosis la habían usurpado los sensatos, Dios sabe cómo, y es cosa que clama al cielo, ver con frecuencia que un solo hombre ha acaudalado para sí tanta sensatez, y que sus conciudadanos y todo el país á la redonda, se ha quedado completa-

(1) En el original en francés: *¡Madame, c'est la guerre!*

mente á obscuras. Esta es la secreta causa de la guerra, que es una verdadera guerra de exterminio.

Los sensatos se muestran, como es natural, los más pacíficos, comedidos y *sensatos*; se han atrincherado en sus antiguas obras aristotélicas, tienen mucha artillería, bastantes municiones, pues ellos mismos son los que inventaron la pólvora, y de cuando en cuando arrojan entre sus enemigos bombas llenas de convicción. Mas por desgracia son éstos demasiado numerosos, su gritería es grande, y cada día cometen una execración; porque en realidad toda necedad es una execración respecto de la sensatez.

Sus estratagemas son con frecuencia de la peor especie. Algunos cabecillas del gran ejército se guardan muy bien de darse por entendidos respecto á la causa misteriosa de la guerra. Han oído que un hombre falso muy conocido, tan adelantado en falsedad, que al fin hasta había escrito sus Memorias falsas, Fonché en fin, dijo una vez: *Las palabras se han hecho para ocultar nuestros pensamientos* (1); y ellos hacen muchas palabras, para ocultar que ante todo no tienen ninguna idea; pronuncian largos discursos y escriben gruesos libros, y, cuando se les oye, encomian la única bienhechora fuente de los pensamientos, la sensatez, y cuando se les ve, se dedican á la matemática, á la lógica, á la estadística, al mejoramiento de máquinas, al civismo, á la cría de ga-

(1) En el original en francés: *Les paroles sont faites pour cacher nos pensées.*

nados, etc.,—y como la mona se hacía más ridícula cuanto más quería parecerse á los hombres, tanto más ridículos se hacen los necios, cuanto más se la echan de sensatos.

Otros cabecillas del gran ejército son francos, y confiesan que les ha cabido en suerte muy pequeña parte de inteligencia, que acaso no les ha tocado nada de sensatez, pero no pueden menos de asegurar que la razón es cosa muy acre y en el fondo de escasa valía. Quizá sea esto verdad, pero desgraciadamente no tienen el talento que se necesita para probarlo. Ásense por tanto á todo género de auxilios, descubren en sí mismos nuevas fuerzas, explican que, aunque no sean precisamente tan eficaces como la inteligencia, son todavía eficaces en caso de necesidad, por ejemplo, el sentimiento, la fe, la inspiración, etc., y con esta sensatez subrogada, con esta inteligencia de remolacha se consuelan.

Pero á mí, ¡infeliz!, me profesan singular aborrecimiento, pues afirman que soy de casa de uno de los suyos, que soy un apóstata, un prófugo que rompe los más sagrados lazos, y que ahora hasta soy un espía, que atisba en secreto lo que ellos, los necios, hacen en corporación, para entregarlo á la risa de sus nuevos colegas; y que soy tan torpe, que ni siquiera reparo en que éstos se rien al mismo tiempo de mí, y cada vez me van teniendo más por uno de sus iguales.—Y en esto tienen los locos completa razón.

Es verdad, aquéllos no me tienen por su igual, y esto me vale con frecuencia sus secretas burlas. Lo sé muy

bien, pero no dejo que lo noten. Mi corazón sangra entonces interiormente, y, cuando estoy solo, brota el llanto de mis ojos. Lo sé muy bien, mi situación es contranatural; todo lo que hago, es para los sensatos una necesidad y para los insensatos una execración. Me aborrecen, y siento la verdad del adagio: «La piedra es pesada y la arena tiene peso, pero la ira de los necios es más pesada que ambas.»

Y no sin razón me aborrecen. Es completamente cierto, he roto los más sagrados lazos; por amor de Dios y de la razón debiera yo vivir y morir entre los necios. Y ¡ah! ¡qué bien me hubiera hallado entre esta gente! Si hubiera querido convertirme, me hubieran recibido con los brazos abiertos; hubieran leído en mis ojos lo que sólo una amante hubiera podido leer; me hubieran invitado todos los días á su mesa y me hubieran llevado consigo por la noche á sus tertulias y *clubs*; hubiera jugado con ellos al *whist*, fumado cigarros, hablado de política, y cuando ya bostezara, dirían á mi espalda: ¡Qué hermosos sentimientos! ¡Oh alma llena de fe!

Permitame usted, señora, que les consagre una lágrima de ternura. ¡Ah! y hubiera tomado ponche con ellos, hasta ponerme en estado de verdadera inspiración, y entonces me hubieran conducido á mi casa en una silla de manos, cuidando extremadamente de que no me enfriara; el uno me pondría á toda prisa las zapatillas, el otro la bata de seda, el tercero el blanco gorro de dormir; me hicieran entonces profesor extraordinario ó presidente de una sociedad de proselitismo, ó contador pri-

mero, ó director de las excavaciones de Roma, porque yo sería un hombre tan apto que se me podría utilizar en todas las esferas, puesto que sé distinguir perfectamente la declinación de la conjugación latina, y no confundo tan fácilmente como otros una bota de un postillón prusiano con un vaso etrusco.

Mi sensibilidad, mi fe, mi inspiración, podían además hacer mucho bien en los rezos públicos, esto es, en mi provecho; mi distinguido talento poético me hubiera prestado buenos servicios en natalicios y casamientos, y hasta no hubiera hecho mal en celebrar en una epopeya nacional á todos aquellos héroes, de cuyo descompuesto cadáver han salido arrastrándose gusanos que se hacen pasar por sus descendientes.

Muchos, que no habían nacido necios, sino que un día estuvieron dotados de sentido común, se pasaron á su bando para disfrutar de ciertas ventajas; viven entre ellos una verdadera vida regalona, y las necesidades, que al principio les costaron algún esfuerzo, ya han venido á ser para ellos una segunda naturaleza; en efecto, hoy no puede ya considerárseles hipócritas, sino verdaderos creyentes.

Uno de éstos, en cuya mente no han penetrado del todo las tinieblas, me quiere mucho, y hace muy poco, estando solo con él en su casa, cerró la puerta y me dijo con severo acento: «¡Oh necio, que desempeñas el papel de sabio, y no tienes más alcances que un recluta en el seno materno! ¡No sabes que los grandes del país sólo elevan á los que se rebajan á sí propios y rebajan su san-

gre, para ser más alabados que por los suyos! ¡Y lo que te perjudicas para con los piadosos del país! ¡Tan en extremo difícil es elevar los ojos fervorosamente, abrigar las manos, piadosamente cruzadas, en las mangas del gabán, dejar caer la cabeza como un cordero de Dios y balbucear sentencias de la Biblia, aprendidas de memoria? ¡Créeme, no cuentes con llegar á ser una gran lumbrera por tu irreligiosidad; los hombres que te amarían, te aborrecerán, calumniarán y perseguirán, y no harás carrera, ni en el cielo ni en la tierra!»

¡Ah, todo esto es verdad! Pero tengo siempre esa desgraciada pasión por la sensatez; yo la amo, aunque no tenga la felicidad de ser por ella correspondido; yo le doy todo, y ella no me otorga nada. ¡No me puedo pasar sin ella! Y como, un día el monarca judío Salomón, en elevadas canciones, entonadas por la Iglesia cristiana, y acaso bajo la forma de una doncella negra radiante de amor—porque nada repararon los judíos—he cantado en innumerables canciones, precisamente lo contrario, esto es, la sensatez, acaso bajo la forma de una doncella blanca y fría, que me mira y me rechaza, que tan pronto me sonríe como se encoleriza, y acaba por volverme la espalda.

Este secreto de mi desgraciado amor, que á nadie he descubierto, da á usted, señora, la medida para que pueda apreciar mi necedad; ve usted además que es de tan extraordinaria especie y grandeza que sobrepasa á los usuales impulsos necios de los hombres. Lea usted mi *Ratcliff*, mi *Almanzor*, mi *Intermedio*

lírico..... (1) ¡Sensatez, sensatez!..... ¡nada más que sensatez!..... y se aterrará usted ante el alcance de mi necedad. Con las palabras de Agur, del hijo de Jake, puedo decir: «Yo soy el mayor de todos los necios, la inteligencia humana no existe en mí.»

Allá á los aires elévase la encina del bosque; más arriba, sobre la encina se cierce el águila; más arriba, sobre el águila vuelan las nubes; más arriba, sobre las nubes irradian las estrellas. ¡No le parece á usted demasiado alto? *Pues bien* (2)....., más arriba, sobre las estrellas flotan los ángeles, y más arriba, sobre los ángeles..... nada, señora, no se puede llevar más allá mi locura. Usted la considera suficientemente grande. Usted se marea ante su propia sublimidad; pues ella me hace viajar con las botas de siete leguas (3).

Tengo un apetito tal, que devoraría todos los elefantes del Indostán, y me mondaria los dientes con la catedral de Strasburgo; por la tarde me pongo tan sentimental que apuraría la vía láctea del cielo, sin pensar en que se le pudieran á uno indigestar las pequeñas estrellas fijas; y por la noche da comienzo ya el espectáculo, se celebra

(1) Extraño poema lírico así titulado por haberse impreso por primera vez entre las dichas dos tragedias.

(2) En el original en francés: *eh bien*.

(3) En la versión francesa falta el texto comprendido entre: *Pero se puedé*..... pág. 280, hasta *siete leguas*. La supresión de dicha parte del texto ha hecho desaparecer en la versión dicha el capítulo XV, y que lo siguiente sea en ella el final del capítulo XIV, cuando lo es realmente del XV suprimido.

en mi cabeza un congreso de todos los pueblos pasados y presentes, llegan asirios, egipcios, medos, persas, hebreos, filisteos, francfurtanos, babilonios, cartagineses, berlineses, romanos, espartanos, turcos, cominos turcos..... Señora, sería cosa de no acabar, si hubiera de describir á usted todos estos pueblos; no tiene más que que leer á Herodoto, á Livio, *la Gaceta de carruajes y transportes* (1), á Curcio, á Cornelio Nepote, el Compañero..... (2).

Entretanto voy á almorzar; no me siento esta mañana con tan buenas disposiciones para seguir escribiendo, noto que Dios me deja de su mano..... Señora, temo, hasta que lo haya usted notado antes que yo; sí, observo que la divina inspiración no es hoy conmigo.

Señora, comenzaré un nuevo capítulo (3), y refe-

(1) *Die Haude=und Spenersche Zeitung.*

(2) *Der Gesellschafter.*

(3) El final de este capítulo á contar desde. *Tengo un apetito tal*, está alterado, trastocado y reducido en la versión francesa donde se lee:

«Señora, me acomete un súbito y gran deseo de almorzar, porque estoy escribiendo desde las siete, y comienzo á sentir frío en el estómago y en la cabeza. No me siento esta mañana con tan felices disposiciones para escribir; noto que el buen Dios me abandona..... Señora, temo que lo haya usted notado antes que yo..... Si, observo que la asistencia divina no me ha sostenido una sola vez esta mañana..... Señora, voy á almorzar, y después comenzaré un nuevo capítulo, y contaré á usted cómo llegué á Godesberg después de la muerte de Le Grand.

«Tengo un hambre colosal. Me parece que podría devorar en mi desayuno todos los elefantes del Indostán, y que el Münster

riré á usted cómo llegué á Godesberg, después de la muerte de Le Grand

de Strasburgo podría servirme de mondadientes. Tengo siempre más hambre por la mañana que por la tarde. Pero por la noche se apodera de mí una sed tan sentimental, que me sorbería toda la vía láctea del cielo.»

CAPÍTULO XVI.

Quando llegué á Godesberg, me senté otra vez á los pies de mi bella amiga, al lado mío se echó su zarcerillo tostado, y ambos á dos posamos nuestros ojos en los suyos.

¡Santo Dios! en aquellos ojos estaban todas las magnificencias (1) de la tierra y se hallaba además todo un cielo! Creí morir de felicidad al contemplar aquellos ojos, y si en aquel momento muriera, hacia ellos volara directamente mi alma. ¡Oh, yo no pudo describir aquellos ojos! Haré que venga de una casa de alienados un poeta á quien el amor haya enloquecido, á fin de que en el fondo de su extravío busque una imagen con que comparar aquellos ojos.—Aquí para *inter nos*, harto loco estoy yo mismo, para necesitar ayuda alguna en este asunto.

—¡*God d-n!* (2)—decía una vez un inglés—cuando le miran á uno así, con esa tranquilidad, de arriba abajo, se le derriten los botones de cobre del frae, y hasta

(1) La versión francesa dice: *Toda la felicidad*, pero en el texto se lee *Herrlichkeit* y no *Seligkeit*, como en el punto siguiente.

(2) Sin duda ¡*God damn!* juramento inglés, que viene á equivaler á: ¡*Por Dios vivo!* Lit. (*¡Dios te condene!*)

el corazón! ¡F—e! (1) — decía un francés—tiene unos ojos de grueso calibre y cuando le dispara á uno una mirada de á treinta y seis, ¡erae! es uno hombrè perdidol Estaba allí un abogado de Maguncia, de roja cabellera, que decía: ¡Sus ojos miran como dos tazas de café negro!—Y creía haber dicho una cosa muy dulce, pues echaba siempre una inmensidad de azúcar en su café. ¡Vaya unas comparaciones!

Yo y el tostado zarcerillo estábamos en silencio á los pies de la bella señora, mirábamos y escuchábamos. Ella estaba sentada al lado de un viejo y canoso militar, de caballeresca presencia y con la frente surcada de cicatrices. Hablaban ambos de las siete montañas que iluminaba con sus rayos el hermoso crepúsculo vespertino, y del Rhin azulado, que no lejos se deslizaba grandioso y tranquilo.

¿Qué nos importaban á nosotros las siete montañas, el crepúsculo, el Rhin azul, y las barcas con sus blancas velas, y la música que en una de ellas resonaba, y el bobalicón (2) que tan dulce y amorosamente cantaba en ella. Yo y el tostado zarcerillo, nos mirábamos en los

(1) Sin duda ¡Foudre! ¡rayos (y truenos!), muy usada por los franceses. En la versión francesa se lee: *Decía un oficial francés*, y, en efecto, la comparación es propia de un militar.

(2) En la versión francesa: *l'étudiant moutonnier*, que es una traducción servil, pero incompleta del *Schafskopf von Student*, en lo material de las palabras, pues lo sería más aún.... *el cabeza de pastor del estudiante. Cabeza de pastor*, equivale en el sentido, á ignorante, necio, rudo, paleta, bobo, etc.—En castellano hay muchas expresiones análogas.

ojos de nuestra amiga y contemplábamos su rostro que salía radiante de entre sus negras trenzas y bucles, con un matiz rosa pálido, como la luna entre oscuras nubes.

Los rasgos de su semblante eran puramente griegos, sus labios atrevidamente arqueados, expresaban melancolía, felicidad y travesura infantil, y cuando hablaba, tenían sus palabras algo de profundo, cierto sollozante dejo, y, sin embargo, se escapaban con viveza y con impaciencia. Más cuando habló, y las palabras se desprendieron de sus hermosos labios como cálida y apacible lluvia de flores, ¡oh! entonces los arreboles vespertinos iluminaron mi alma, desfilaron, al compás de la música, los recuerdos de mi niñez, pero sobre todo resonaba en mí, como una campanilla, la voz de la niña Verónica.

Tomé la bella mano de mi amiga, y la oprimí contra mis ojos, hasta que la música cesó en mi alma, y entonces salté y reí, el zarcerero se puso á ladrar, y la frente del viejo general arrugóse severamente; pero volví á sentarme, volví á tomar la hermosa mano, la besé, referí algunas cosas y hablé de la pequeña Verónica.

CAPÍTULO XVII.

Señora, usted desea que yo le haga el retrato de la niña Verónica; pero no quiero. No se puede obligar á usted á leer más de lo que quiere, y yo tengo á mi vez el derecho de no escribir más de lo que me parece. Pero ahora voy á describir la hermosa mano que he besado en el capítulo anterior.

Ante todo, debo confesarlo: no era yo digno de besarla. Era una mano hermosa, tan tierna, tan transparente, tan brillante, tan dulce, tan perfumada, tan aterciopelada, tan adorable..... Verdaderamente, tengo que enviar á la botica por doce *groschen* de epítetos.

En el dedo medio tenía una sortija con una perla. Jamás he visto una perla que hiciese un papel más lamentable. En el dedo anular llevaba un anillo con una piedra azul antigua, en la cual me he pasado las horas muertas estudiando arqueología. En el índice llevaba un diamante; era un talismán; mientras le estaba yo mirando, era feliz, porque donde él estaba, estaba también el dedo, juntamente con sus cuatro colegas, y con todos los cinco dedos solía ella golpearme en la boca. Desde tales manipulaciones creo firme y obstinadamente en el magnetismo.

Pero no me golpeaba con fuerza, y cuando lo hacía, siempre lo había yo merecido por alguna frase llena de impiedad; mas cuando me había pegado se arrepentía al momento, tomaba un bollo, le partía por medio, me daba una mitad y la otra al tostado zarcerillo, sonreía y decía: «Ambos carecéis de religión y hay que alimentaros con bollos en este mundo, puesto que no habrá para vosotros mesa puesta en el cielo.» Y no dejaba de tener razón, yo era entonces muy irreligioso, leía á Thomas Payne, el *Sistema de la naturaleza* (1), el Indicador de Westphalia y á Schleiermacher. me dejaba crecer la barba y la razón, y quería contarme entre los nacionalistas. Pero cuando la bella mano pasaba por mi frente, mi razón se paralizaba, enchíame de dulces ensueños, creía volver á oír piadosos cantos á Maria, y pensaba en la niña Verónica.

Señora, apenas puede usted figurarse lo linda que estaba la niña Verónica, yacente en su diminuto féretro. Los cirios que ardían en torno suyo arrojaban su resplandor sobre el pálido y sonriente rostro, sobre las encendidas rosas de seda y los crujientes oropeles con que estaban adornadas su cabecita y su mortaja blanca. La piadosa Úrsula me había llevado, al caer la tarde, al silencioso cuarto, y cuando vi el pequeño cadáver, entre luces y flores, colocado sobre la mesa, creí al principio que era la linda imagen de cera de una santa; mas pronto reconocí el semblante querido, y pregunté riendo,

(1) *Système de la nature.*

por qué la pequeña Verónica estaba tan callada, á lo que me dijo Úrsula: Eso lo hace la muerte.

Y cuando dijo: Eso lo hace la muerte..... Pero hoy no quiero referir esta historia; me haría extenderme demasiado; tendría que hablar antes de la urraca coja que saltaba de acá para allá por la plaza del castillo y tenía trescientos años de edad, y podría ponerme melancólico.

De pronto me han entrado ganas de contar otra historia, que es entretenida y oportuna, pues es la propia historia que debía en este libro ser expuesta (1).

(1) En la versión francesa:.....pues es precisamente la historia que quería referir al principio.

CAPÍTULO XVIII.

En el pecho del caballero no había nada más que sombras y dolor. Le había herido hondamente el puñal de la calumnia, y al atravesar la plaza de San Marcos, sintió como si su corazón fuera á romperse y á derramar sangre. El cansancio hacía su paso vacilante; la noble res había sido hostigada durante todo el día (1), y hacía un caluroso día de verano. El sudor inundaba su frente, y cuando subió á la góndola lanzó un profundo suspiro. Sentóse por movimiento mecánico en la negra cámara de la góndola, como mecánicamente le mecían las blandas olas, que le transportaron á un lugar bien familiar para él á orillas del Brenta....., y cuando descendió ante el bien conocido palacio, oyó que la *Signora Laura* estaba en el jardín.

Estaba ella apoyada en la estatua de Laocoon, cerca de un rosal encarnado, al final de la terraza, no lejos de los sauces llorones que se inclinan melancólicamente sobre la corriente del río. Allí estaba sonriente, blanca imagen del amor envuelta en el perfume de las rosas.

(1) Falta este inciso en la versión francesa.

Pero él despertaba como de un negro ensueño, y de pronto se vió presa de dulces y vehementes deseos.

—«¡Signora Laura!—dijo—soy un infeliz perseguido por el odio, la miseria y la mentira.» Después dudó y añadió balbuciente:—«Pero yo os amo.»—Entonces brotó de sus ojos una lágrima de alegría, y con los ojos húmedos y los labios flameantes, exclamó:—«¡Sé mía, oh joven, y ámame!

Un obscuro y misterioso velo cayó sobre aquella hora: ningún mortal sabe lo que la *Signora Laura* contestó: si á su ángel custodio se le pregunta en el cielo, se cubre la cabeza, suspira y calla.

Largo tiempo permaneció el caballero solo junto á la estatua de Laocoon; su fisonomía estaba tan contraída y pálida como la de ella; inconscientemente deshojaba una por una las rosas, y arrancaba hasta los nacientes capullos. Jamás el rosal volvió á dar flores.

Á lo lejos se lamentaba un delirante ruiseñor; los sauces susurraban quejumbrosos; murmuraban sordamente las frescas ondas del Brenta; fué elevándose la noche con su luna y sus estrellas, y una hermosa estrella, la más hermosa de todas, se precipitó del cielo.

CAPÍTULO XIX.

¿Llora usted, señora? (1).

¡Ah! ¡Ojalá los ojos que tan hermosas lágrimas derraman iluminen aún mucho tiempo el mundo con sus rayos, y una mano cálida y amorosa los cierre un día en la hora de la muerte! Una blanda almohada es todavía una buena cosa en la hora de la muerte, y ¡ojalá que entonces no le falte! Y cuando la hermosa y fatigada cabeza se desplome sobre ella, y la negra cabellera se esparza en ondas sobre el pálido semblante, ¡oh! entonces premie á usted Dios las lágrimas que por mí ha vertido....., pues yo mismo soy el caballero por quien ha llorado; yo soy el errante caballero del amor, el caballero de la estrella caída.

¿Llora usted, señora? (2).

¡Ah, yo conozco esas lágrimas! ¿A qué fingir más? Usted, señora, usted misma es la bella dama que lloró tan amorosamente en Godesberg, al referirle yo el triste cuento de mi vida. Como perlas sobre rosas rodaban las

(1) En el original en francés: *Vous pleurez, Madame?*

(2) Idem id.